

## FRANCISCO ORTEGA.



### ANIVERSARIO DE TAMPICO.

ODA.

¡Qué divino entusiasmo, ¡oh patria mia!  
O cuál inmortal gloria  
Los cánticos inspira de victoria  
Que se oyen resonar en este día?  
¡De Dolores acaso el grito santo  
Recordaremos hoy? ¡ó la alta hazaña  
Que á Iguala eternizó, y en duelo y llanto  
Sumió á la altiva España?

¡O aquella en que, lanzando á sus leones  
Del baluarte de Ulúa, el mejicano  
Con vencedora mano  
Plantó los tricolores pabellones,  
Que en vivo ardor de libertad inflaman  
Y señora del golfo te proclaman?

Mas no: que otras espléndidas proezas  
De tus hijos valientes  
Revive en la memoria de las gentes  
La fama que hoy repasa tus grandezas.  
Ya de tu trompa el eco sonoro,  
Los nombres de Terán y de Santa-Anna  
De austro á bóreas llevando presuroso,  
La humillacion hispana,  
Y del azteca libre la venganza  
Recuerda, y los laureles que ciñera,  
Volando á la ribera  
Del Pánuco, y matanza por matanza,  
Volviendo al invasor.... Tu gran jornada  
Es hoy, Tampico ilustre, celebrada.

Holló de Anáhuac con feroz sonrisa  
Las quiebras el hispano,  
Y de ser nuevamente su tirano  
La esperanza fantástica divisa.  
Ya se alistan sus fuertes batallones,  
Y en el mar espumoso ya flamean,  
Rizados por el viento, sus pendones.

Ya el triunfo saborean  
 Que en mucha parte á la discordia fian;  
 Ya de Cortés recuerdan las hazañas;  
 Ya en las arteras mañas,  
 Ya en la fortuna y el valor confían;  
 Ya pisan, Cabo-Rojo, tus arenas,  
 Y te cargan de bárbaras cadenas.

Mas cual se oye el clamor de un delirante  
 Que en sueño monstruoso  
 Espectro aterrador mira medroso,  
 Implorando favor; de la arrogante  
 Temeraria intentona así se escuchan  
 Los rumores que al punto se derraman.  
 Con la incredulidad en vano luchan  
 Y el marcial fuego inflaman  
 El vigilante, puro patriotismo,  
 Y el entusiasmo abrasador unidos,  
 Cerrados los oídos  
 Al fabuloso caso, el vandalismo,  
 Como tigre en rebaño descuidado,  
 Sobre Tampico inerme se ha arrojado.

Rota empero que fué la espesa venda  
 Que los ojos cubria  
 Y exicial desunion mas densa hacia,  
 ¿Quién no corrió veloz á la contienda?  
 ¿Quién el arado no trocó en acero,  
 El pacífico hogar abandonando?  
 ¿Quién de la esposa el llanto lastimero

Insensible esquivando,  
 No se arranca á sus plácidas caricias?  
 ¿Quién del anciano padre y prole cara  
 En el duelo repara?  
 Y ¿quién, á las domésticas delicias  
 Negado, no se alista en tus banderas,  
 ¡Oh patria! y solo piensa en lides fieras?

Castellano orgulloso, no te engrias  
 Si favorable el hado  
 En tu primer embate se ha mostrado;  
 Tus triunfos pararán en Villerías.  
 Ya las discordes gentes, que vencidas,  
 Soñaste encadenar, fuertes legiones  
 Son, que de un mismo espíritu movidas  
 Provocan tus leones.  
 Así tenues vapores esparcidos  
 En el bello zafir del claro cielo  
 Al tristecido suelo  
 La hermosa luz robando, denegridos  
 Grupos de nubes forman, do tonante  
 Ruge encerrado el rayo fulminante.

¿Quién es aquel que en mal seguros pinos,  
 Con hueste confiada,  
 Va en pos del godo, de la mar salada  
 Revolviendo los senos cristalinos?  
 Cual tempestad que de improviso arroja  
 Granizo asolador, así Santa-Auna

Al golfo se lanzo, y en cruel congoja  
 Puso á la turba insana.  
 Y aquel que por los valles inturbable  
 Sus águilas desglega, y con su gente,  
 Cual rápido torrente  
 Derramada, formó muro impugnable,  
 ¿No es el bravo Terán, sabio en la guerra,  
 Que por do quier el paso ya le cierra?

El es, él es. Mirad cuál se adelanta,  
 Y súbito se ampara  
 De la fugaz conquista que lograra  
 El caudillo español, que en rauda planta  
 Acorre de Tampico á la defensa,  
 Do el godo ya sucumbe al fuerte brio  
 De Santa-Anna. La lid halla suspensa,  
 Y dando á su albedrío  
 Leyes el zempoalteca á sus guerreros.....  
 Quíntuplas con la azteca comparadas  
 Sus fuerzas, cual nubadas  
 Que en su furor los aquilones fieros  
 Desgajan de la sierra en la espesura,  
 Sobre Santa-Anna descargarlas jura.

¡Ay! ¿y será que el campeón invicto,  
 Por la voluble rueda  
 De la fortuna arrebatado, ceda  
 O desmaye en tan crítico conflicto?  
 No será, no, que impávido guerrero

Fácil no cede en el marcial apuro;  
 Y ya se apresta tan altivo y fiero  
 Al nuevo trance duro,  
 Y tan heróica decision despliega,  
 Que Barradas, atónito y prendado  
 De su aliento, ó tocado  
 Del castellano honor, de la refriega  
 No renueva, aunque puede, los furores,  
 Y le tributa espléndidos honores.

Remata, pues, caudillo denodado,  
 Remata la alta empresa  
 Digna de tu valor: segura presa  
 Te ofrece el invasor: desalentado  
 Rehusa ya volver á la pelea,  
 Y ya en sus reales, con la paz brindando,  
 Albo pendon enarbolado ondea.  
 Mas la ley escuchando,  
 La dura ley de *rendicion ó muerte*  
 Que el invicto caudillo le prescribe,  
 Ya su orgullo revive,  
 Otra vez de la lid prueba la suerte,  
 Y ya de nuevo su arrogancia loca  
 De nuestros libres el furor provoca.

Al amago responde el crudo amago;  
 En los pechos recrecen  
 Las iras, y de rabia se enfurecen;  
 Solo en sangre se piensa y en estrago;

Gritos de muerte por do quier se escuchan;  
 Y por frenar la airada muchedumbre,  
 A embestir ciega, los caudillos luchan.  
 Aunque del sol la lumbre  
 Llegue á eclipsarse, y huracan insano  
 Hórrido silbe entre la lluvia y trueno;  
 Y aunque revuelto el seno  
 Del mar, sus diques rompa, el mejicano,  
 De la tormenta en el horror profundo,  
 Al asalto se lanza furibundo.

¿Y la noche terrible, y los horrores  
 Que con su negro manto  
 Cubrió; resonarán en triste canto  
 Mezclado á nuestros plácidos loores?  
 Sí, y de Lemus y Andreis, que á la matanza  
 Sobreviviendo, ver rayar pudieron  
 El gran día de gloria y de venganza,  
 Y de los que mordieron  
 El polvo de la tierra ensangrentado,  
 Los nombres á la par ensalzaremos:  
 Las sienes ornaremos  
 De laurel á los unos nunca ajado:  
 De los otros la tumba llanto tierno  
 En señal regará de honor eterno.

Y tú, gran zempoalteca esclarecido,  
 A quien fíó en este día  
 La alma patria su honor y su valía,  
 Recibe el galardón que te es debido.

Alumno predilecto, hijo de Marte,  
 En tí el azteca libre fuerte escudo  
 Halló, cuando al hispano baluarte  
 Libró el asalto crudo.  
 Tú sus huestes llevaste á la victoria,  
 Por tí los invasores se rindieron,  
 Y por tí consiguieron  
 Los mejicanos todos fama y gloria.  
 Vaya, pues, tu valor, tu alto renombre  
 Unido siempre de Tampico al nombre.

1836.



MANUEL PAYNO.

EN LA ORILLA DEL MAR.

Clara y serena es la tarde,  
Las ondas al dulce viento  
Alzan blando movimiento  
Del horizonte al confin.  
Tranquila cerca á la playa  
Se mece débil barquilla,  
Que ya levanta su quilla,  
O ya inclina su mástil.

A lo lejos la fragata  
Cual blanco cisne se ostenta,  
Desafiando la tormenta  
Con sus alas de marfil.  
Es un soberbio bajel  
De tres palos: su ancha vela  
Hinchan los vientos y vuela  
En las aguas de zafir.

¡Qué dulce, Laura, es la tarde!  
¡Qué azul el inmenso cielo!  
Mira cuál tienden su vuelo  
Los gaviotas sobre el mar.  
El mar.... anchuroso espejo....  
La nube de grana y plata  
En las aguas se retrata  
De su límpido cristal.

Mira de las quietas ondas  
La débil y blanca espuma,  
Cómo se convierte en bruma  
De las playas al tocar.  
Mira los dorados peces  
Cómo entusiasmados juegan;  
Mira cómo huyen y llegan  
A la orilla de la mar.

Mira las conchas pintadas  
Que entapizan la ribera;

Oye la voz plañidera  
 Con que se queja el alcion;  
 Escucha, Laura querida,  
 Un débil, confuso acento  
 Que se pierde con el viento,  
 De tristísima canción.

Ya las anclas se levantan,  
 Cruje el mástil poderoso,  
 Y el marinero afanoso  
 Siente la nave mover.  
 Se despide de la tierra  
 Con melancólico canto;  
 Tal vez sus ojos con llanto  
 Siente el triste humedecer.

Se va, se va; las borrascas,  
 Los vientos, las negras ondas  
 Lo esperan: y penas hondas....  
 Y tal vez el ataúd.  
 ¡Hallará segura muerte  
 En el seno de los mares,  
 O entonará sus cantares  
 En un puerto de salud?

¡Pobre infeliz! luchando con su suerte  
 Por los salobres mares triste va;  
 Tal vez en los escollos cruda muerte  
 Al llegar á la tierra encontrará.

Y Laura ¿lo creerás? su suerte envidio,  
 Su continua zozobra y padecer,  
 Que es su vida feliz, junto al fastidio  
 Que lento mata mi cansado ser.

Una esperanza vaga lo ilumina,  
 Feliz acaso al puerto arribará,  
 Y la tumba en que rápido camina,  
 Quieta mansion, descanso le dará.

Mas yo que tengo el ánima doliente,  
 Sin porvenir, sin dicha ni ilusion;  
 Mas yo que yerto, helado, indiferente  
 No siento ni aun latir mi corazon;

Nada, ¡oh Laura! mi ser rejuvenece,  
 Ni esas brisas divinas, ni esa luz,  
 Ni esa nube de grana que se mece  
 En el espacio diáfano y azul.

Ni los peces dorados que á mi planta  
 Miro nadar en olas de cristal,  
 Ni la canción que el marinero canta,  
 Ni el terrífico son del vendabal.

Ni la barquilla blanca cual paloma  
 Que se pierde en la bruma de color,  
 Ni el ambiente marino, ni el aroma  
 De la modesta y solitaria flor.

Clara y serena es la tarde,  
 La brisa con blando arrullo  
 Levanta dulce murmullo  
 En las ondas de la mar.  
 Ven, mi Laura, á la ribera,  
 Que hallarás un dulce encanto,  
 Tú que no viertes el llanto  
 Ni lamentas un pesar.

Para tí, niña inocente,  
 El mundo es un paraíso,  
 Para tí tienen hechizo  
 Los campos, el mar, la luz.  
 Para tí todo es hermoso,  
 Sonries á la natura,  
 Porque eres cual ella pura,  
 Linda como el cielo azul.

Porque un ángel con sus alas  
 Cubre tu apacible vida,  
 Porque aun la esperanza anida  
 En tu limpio corazon.  
 Y puedes sin cruel martirio  
 Contemplar los horizontes,  
 Alzar la vista á los montes  
 Y tu alma cándida á Dios.

Esa luz nacarada y apacible,  
 El brillo de la estrella de la tarde,  
 El rojo mar en calma bonancible  
 Cuando sobre sus ondas el sol arde:

Esos pájaros blancos que revuelan  
 Por la ribera triste y solitaria,  
 Y esos cansados ecos que revelan  
 Del mar la solemnísima plegaria:

Esa nave que lenta entre las olas,  
 Balanceándose va sobre la quilla,  
 Y el pescador que se divisa á solas  
 Extendiendo sus redes en la orilla....

Nada sacia la vista, nada agita  
 El triste corazon despedazado;  
 Nada conmueve el ánima marchita  
 Que el porvenir sus puertas ha cerrado.

Aléjate de mí, niña inocente,  
 Déjame aislado en la fatal ribera,  
 Que solitario y triste yo lamente  
 El porvenir de llanto que me espera.

Déjame aquí con los hirvientes mares,  
 El terrible huracan, las negras olas,  
 Que mientras leda entonas tus cantares,  
 Yo lloraré mis penas á mis solas.